

JOSÉ PRATS SARIOL

Diarios para Stefan Zweig



Edición: Javier L. Mora y Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Bahía de Santiago de Cuba. Postal

© José Prats Sariol, 2023
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*A la memoria de Stefan Zweig
Para Maruchi, Mape, Ariadna, Alexandra y Lucas*

Pero solo en los primeros años de la juventud nos parece el azar identificado con el destino. Más tarde se aprende que la ruta verdadera de la vida se traza desde adentro. Por muy lleno de vericuetos que esté nuestro camino y por insensato que nos parezca al apartarse de nuestros deseos, siempre acaba por conducirnos a nuestra meta invisible.

STEFAN ZWEIG: *El mundo de ayer.*

¿Cómo apareció el Diario de Edith?

El Diario de Edith von Kekesfalva tiene matices que arman una espiral llena de entresijos y lágrimas, incógnitas y reflexiones, intimidades que comparto por primera vez.

Debo contar cómo logré el manuscrito de Stefan Zweig, basado en el Diario original que ella le envió desde Suiza en 1918, terminada la Primera Guerra Mundial. También la forma en que he procedido antes de cometer esta audacia editorial, cuyas intrigas, pesadumbres y alegrías me emocionarán para siempre.

Mis descubrimientos posteriores demuestran no solo que fue un personaje real, sino que su historia se extiende mucho más allá de lo que Stefan Zweig relata. La vida de Edith von Kekesfalva se entreteje a la de su mestizo marido cubano, Federico Lafargue, desde que lo conoce en París, en 1921, cuando eran dos forasteros provenientes de reinos perdidos: el austrohúngaro y el caribeño.

Ungehduld des Herzens (1939), la legendaria novela de Stefan Zweig traducida al español como La impaciencia del corazón y también como La piedad peligrosa, se convierte en la cara inicial de esta historia. El descubrimiento del Diario nos lleva por otros caminos. El amor entre Edith y Antón ya no es un relato en tercera persona. Tampoco es la misma percepción de unos lustros decisivos en la historia

européa del pasado siglo xx; también aquí matizada por la inclusión de los apuntes del exiliado de Santiago de Cuba Federico Lafargue, que huye a Europa a soñar perdidamente con tragarse el viejo continente, compararlo una y otra vez con su Caribe indígena, europeo y africano.

Al encuentro del manuscrito llegué a Viena alrededor de las seis de la tarde, en el tren rápido vía Zürich. Me hospedé según acostumbro en el Erzherzog Rainer; pero esta vez la expectativa me impidió salir a pasear por la Karlsplatz, leer en la cama la Neue Zürcher Zeitung o jugar con los canales de la tele. Cuando pude dormir, solo sabía que era tarde.

La cita era en el café Landtmann, a las 10 de la mañana, según acordamos en nuestra última conversación telefónica. Preferí, sobre todo por miedo a que el texto fuese apócrifo, no localizar en Barcelona a dos conocidos traductores de Stefan Zweig: Carlos Fortea y Joan Fontcuberta. La sorprendente oferta era para mí solo. Por discreción, digámoslo así, tampoco llamé a Alfredo Calm. Ni al siempre sagaz editor Mario Muchnik... No me acerqué a la Editorial Acantilado, que amorosa y profesionalmente ha editado decenas de libros del primer bestseller que tuvo la lengua alemana. Ellos, desde luego, estarían tan interesados como yo en aquella rara venta, solo justificable a partir de que el remitente había averiguado con exactitud quién yo era.

Ignoro cuántos lectores le queden en el mundo a los libros del trágico escritor austriaco, pero sé quiénes son los especialistas en su diversa obra. Apenas consulté a dos de ellos, por miedo a que se me adelantaran. Ninguno había oído hablar de aquel lejano

pariente de Lotte (Elizabeth Charlotte Altmann, la segunda esposa de Stefan Zweig), mucho menos de que se conservara algún manuscrito inédito. Las posibilidades eran tan remotas como hallar el misterioso brazalete que desapareció de la muñeca de Lotte, entre la primera y la segunda foto que les tomaron tras el suicidio de la pareja en Petrópolis, cerca de Río de Janeiro, el 22 de febrero de 1942.

Camino al Landtmann, bajo una llovizna de octubre que los vieneses siempre esperan después de la fiesta nacional, devoré las mismas preguntas que me había lanzado a mí mismo una semana atrás: ¿Un estafador bien enterado? ¿Será verdad? ¿Cuál será su historia del hallazgo?

Me reconoció en cuanto entré, quizás tuvo acceso a alguna foto en Internet. Fue a mi encuentro con una sonrisa, debajo del ralo bigote. Nos estrechamos las manos sin palabras y me invitó a su mesa, a la izquierda de la puerta encristalada. Mientras le hacía señas a la camarera, me entretuve en el gris verdoso de sus ojos, en la nariz alta, de filo, con una ligera curvatura. Sus maneras exhibían a un hombre diestro, suelto en sociedad.

¿Se llamaría Martin Altmann o sencillamente tomó el apellido para agregarle verosimilitud a la oferta? Una carpeta negra yacía sobre la silla contigua. Y Martin observó con astucia que mi vista se iba hacia ella, acariciaba las supuestas cuartillas inéditas.

Pronto entramos al tema, tras las rituales preguntas sobre el viaje, el clima y su respeto a mi dominio del alemán. La explicación era admisible, por lo menos los datos sobre su genealogía. La abuela, prima de Lotte, había muerto el pasado agosto, y como

él era su único pariente letrado —trabajaba en los archivos anexos del Kunsthistorisches Museum— le había dejado un baúl lleno de papeles y fotos. Entre ellos descubrió el Diario, que ahora me ofrecía no solo porque necesitaba el dinero, sino porque nadie mejor que yo —me regaló la demagogia de ese elogio exagerado— para preparar una buena edición en alemán y en español.

Enseguida puso la carpeta sobre la mesa de mármol gris, la abrió con cuidado y me tendió un par de hojas para que observara el manuscrito. Sudé porque la letra parecía la de Stefan Zweig, aunque recurriría a un calígrafo para el cotejo y a las pruebas de la edad del papel.

Martin me tranquilizó. También había averiguado que yo era una persona honrada, incapaz de una estafa, mucho menos a mi venerado Stefan Zweig, judío como yo, exiliado como yo... En prueba de su confianza me dejaba unos días con un tercio de las hojas para que pudiera estar seguro y cerrar el negocio, que incluía una sensible cantidad inicial en euros y un contrato que le garantizaba el pago de la tercera parte de los derechos en cualquier lengua.

Ahorro informaciones secundarias, salvo que corrí a leer lo que resultaba un giro inesperado en la novela, que tal vez Stefan Zweig no incluyó por considerarlo demasiado privado, íntimo. O porque opinó que el lector común de aquella época no entendería bien a la muchacha romántica, mucho menos al iniciarse —como preveía— un segundo conflicto militar de proporciones mundiales y de salvajadas arcaicas, que harían retroceder la civilización a las cavernas. Aunque quizás pensase incorporar el Diario en futu-

ras ediciones, según el éxito o fracaso ante público y crítica alemanes y de habla hispana.

Tras leer las primeras veinte páginas no tuve casi dudas de que se trataba de un manuscrito a publicar de inmediato, no solo en alemán y español. Yo mismo me encargaría de conseguir un traductor y supervisar el traslado de las páginas a mi lengua materna.

A los pocos días cerré el trato con Martin Altmann en una notaría de la Lernet-Holenia Strasse. Los acápites del acuerdo me dejaban en libertad de contratar editores y traductores. Lamentablemente, por retener Insel Verlag las prerrogativas, se me imposibilitaba editar el Diario de Edith von Kekesfalva como continuación de La impaciencia del corazón. Las incógnitas, además, exigían actuar como un historiador aguzado, sobre todo indagar qué fue de la vida de Edith hasta su muerte en 1957, en el valle de Engadina, a los sesenta años.

Es por ello que me veo obligado a ofrecer algunas precisiones acerca del hallazgo inicial: el Diario, que da razón de ser a este volumen. Refresco el argumento: La impaciencia del corazón relata la relación amorosa entre Edith von Kekesfalva y el teniente Antón Hofmiller, narrada a Stefan Zweig por Antón, cuya subjetividad, tras dilatarse en el cuarto de siglo que le separa de los sucesos, dificulta el diálogo crítico con la historia real. Además, en 1938, lo más lúcido de la intelectualidad europea veía acercarse una nueva guerra, como fatalmente ocurrió. También sufría ya los desmanes del racismo ario, que como se sabe actuó con saña exterminadora sobre la comunidad judía. La caracterización del soldado y del heroísmo, que ofrece la novela publicada en 1939,

mantiene los mismos filos. Corta igual cuando atribuye a vanidad, ligereza, aburrimiento y miedo las causas del valor; cuando habla de los tortuosos caminos que conducen a ser intrépido. Pero tantos años después de la edición príncipe, ahora el Diario me permitió observaciones desde otra esquina.

Tras las íntimas memorias de Edith von Kekesfalva, no solo enriquecí las apreciaciones de la popular novela original (traducida a más de diez lenguas), de sus múltiples versiones teatrales y cinematográficas (la de Maurice Elvey en 1946 y la de Eduard Molinaro en 1979). Quizás también logré un mejor conocimiento de Stefan Zweig, de su paneuropeísmo y vigorosa defensa de la libertad individual, como testimonia muy bien María Schrader en su filme Stefan Zweig: adiós a Europa (Vor der Morgenröte (2016), literalmente: Antes del amanecer), basado en sus memorias.

Cuando concluí la lectura de las revelaciones de Edith, antes de escanearlas, percibí mi benevolencia hacia esa joven cuya maldición inicial me asomaba a la verdadera guerra insondable: la que cada cual libra consigo mismo. Pero a la vez, como el Diario termina tras su salida de Austria, cuando ella entonces ya vive en Suiza, tenía que fatigar los archivos, recorrer la comarca donde se localiza la primera acción, ir hasta Budapest, trasladarme al valle de Engadina en la Suiza romanche, indagar qué le sucede allí, ir a París... Hallar cualquier información útil que enriqueciera el Diario. Mi curiosidad rebasaba el interés editorial. Era yo quien quería saber el final de la historia.

La suerte premió la inversión. Omito minuciosidades, tal vez tediosas, de entrevistas a sobrevivien-

tes, hallazgos de correspondencia, notas en la prensa de la época... Lo apasionante de la investigación ulterior fue hallar las tres libretas de Federico Lafargue, donde el cubano narra en apuntes sueltos lo que le sucede desde su intempestiva salida de Santiago de Cuba, obligado por las circunstancias en las que se había involucrado, hasta poco antes de conocer a Edith en la parisina Horlogerie Sainte-Catherine, él con treinta y dos años, ella apenas con veinticuatro; y enamorarse casi a primera vista, cuando Edith le dice: “Déjame adivinarte” y él de inmediato recuerda su certeza, tras la muerte de Georgette, de que ninguna mujer intentaría adivinarlo.

Sobrino de Pablo Lafargue, el yerno de Carlos Marx que escribiera *El derecho a la pereza*, Federico, como su tío, también nació en la oriental ciudad de Santiago de Cuba, de estrecha bahía de bolsa entre montañas y pastosos calores caribeños, con cuarenta grados a la sombra. Según los resultados de las indagaciones que hasta ahora son verificables, su padre compartía con el hermano el oficio de tonelero para los rones de la renombrada destilería que fundara en esa ciudad Facundo Bacardí Massó y su esposa Amalia Moreau, en 1862. Como se acostumbraba en la época, Federico nació en la casa sita en la calle San Basilio N.º 74, un 18 de enero de 1889. Por lo que tenía veintitrés años cuando desembarca en Hamburgo, a finales de 1912. Veinticuatro cuando visita la tumba de su mulato tío Pablo Lafargue y su esposa Laura Marx en el parisino cementerio del Père-Lachaise, célebre pareja que cumple un pacto suicida ante la vejez. Serenamente planificado al regresar del cine y comer unos hojaldres, en Draveil... Y cuyo duelo fuera

despedido entre otros nada menos que por un ruso exiliado llamado Vladímir Ilich Uliánov, conocido en los círculos comunistas y anarquistas por el seudónimo de Lenin.

El azar hizo que el suicidio siempre estuviera revoloteando en esta historia. Una causa desconocida, tal vez, emparenta el suicidio de la pareja Zweig con la pareja Lafargue-Marx. Otros suicidios se suceden dentro de los enlaces de Edith y Federico, como las constantes reflexiones del mulato cubano, más escéptico que nunca, decidido a no esperar una vejez achacosa en un asilo, perdiendo facultades intelectuales y físicas, recordando a Edith.

El consejo de un amigo fanático de la novela policiaca y de intrigas no es la única causa de que aquí entrelace ambas historias. He estudiado algo sobre los llamados misterios eleusinos y las creencias de los filósofos griegos anteriores a Sócrates. La idea de un sino está en los rituales delficos, en la pitonisa que predice anualmente bajo los efectos de psicotrópicos. ¿Por qué Edith y Federico se conocen? ¿Tenían que conocerse o fue obra del destino? ¿Hay causas que no por desconocidas son tan reales como el genio de Mozart o los cisnes negros en un lago suizo, el vigor sincrético del Caribe o las desoladoras ráfagas de un huracán?

En el epílogo añado algunas de las informaciones que encontré para completar este cuento. Desde luego, hay zonas que necesariamente quedan truncas o poco documentadas. Quizás porque Edith narra emotivamente, mientras en los diarios de Federico los sucesos suelen sintetizarse al modo de los pintores impresionistas. Es decir, mediante imágenes intensas y discontinuas.

Edith y Federico enredan sus vidas porque sí. Florecen porque florecen, como la rosa de Silesius. Aquí está su historia.

DIARIO DE EDITH VON KEKESFALVA

Lo colgaría de las botas y a tirarle boñigos hasta que le cayeran en la frente, le rodaran por la nariz. Tenientico de plomo. Ulano para que lo obliguen a montar en burro, en una cerda recién parida con las tetas colgando.

¿Qué hay después de la rabia? Hipo, me dio hipo.

¿Por qué mi padre no averigua antes de meter en casa a cualquier oficialucho del regimiento? ¿Por qué no pregunta más al que se lo recomienda? Creo que fue Grossmayer, el farmacéutico de El Ángel Dorado, viceburgomaestre de la guarnición; y él de ingenuo con su viejo amigo y mi prima Ilona diciéndome que era guapísimo. No tanto, almidonadito porque entró de cadete a los dieciocho años, y ahora acumula siete de servicios a la Corona, según contó a la mesa mientras se asombraba de que brindáramos caviar ruso, venado a la fresa con champiñones, escanciado con los Tokay Gran Reserva de Pest.

¿Cómo pudo ser tan distraído? ¿Bebería el que dicen que nunca hay que tomarse? La cabeza se le fue para algún ejercicio de bayoneta. Y yo peor: el ridículo grotesco de una tullida que pretendía bailar...

¡Estas piernas! Cuando le pido a José que me suba hasta la terraza por el elevador y me sienta frente a la

¹ He enumerado las secciones del *Diario* de Edith y titulado las de Federico para facilitar la lectura. No aparecen en el manuscrito original.

llanura de pastizales, a veces el entretenimiento consiste en observar los movimientos de los escuadrones, porque son hombres fuertes y tienen el misterio de cualquier uniforme. Pero aprieto los párpados cuando corren las muchachas del pueblo detrás de los novios, con sus cofias blancas y unas risas que rebotan contra mis muletas, que se enredan aquí dentro, cuando yo también daba saltos para llegar a los melocotones o subía a alcanzarlos mientras mi padre vociferaba que me aguantara bien de un gajo rugoso.

El teniente Antón Hofmiller llegó tarde y azorado al *abendessen*, sin fijarse en mis ojos grises y alargados, en el peinado que me hicieron para que el caoba de los bucles sobre las orejas resaltara la palidez traslúcida de mi frente.

Lo fui detallando de reojo. Manejaba los cubiertos con soltura, rapidez en las reacciones cuando un trozo de venado se le tambaleaba en el tenedor. Y manos inacabables, dedos de uñas extensas y rosadas. Tiene clase y mentón cuadrado, vigor en los gestos y don de gente, tal vez le guste la lectura. Podríamos conversar de Hölderlin, leer juntos sus poemas a Diotima, hablar de Schiller... Pero claro que no: ¡un ulano leyendo! ¡Ni en fotografía! Si acaso lee el Reglamento, lee las ordenanzas que bajan de Viena.

El brandy francés le empastó los dos goterones de agua azul, de un azul que solo vi una vez, en los Alpes, cuando tomamos el tren de Zermatt a Gornergrat en aquella excursión de mis nueve o diez años; y después comimos *raclette*, un delicioso plato suizo de queso derretido sobre papas, acompañado de pepinos encurtidos. En la terraza del Kulmhotel, antes de abordar el tren para descender los casi diez kilómetros

de regreso a Zermatt, vi los ojos de Antón en el cielo, detrás de los picos nevados. Aunque hoy al final de la velada, cuando caminé hasta mí para invitarme a bailar, ya no eran azules sino negros, con un destello rojizo, como si un diosillo perverso se los hubiera convertido en dos piedras sulfurosas.

¿Qué puede verle este hombre a una chiquilla malcriada de diecisiete años, para colmo tullida? ¿Cómo puedo imaginar aquí en la cama, mientras escribo estos apuntes y la madrugada avanza taciturna hacia otra mañana de punzantes ejercicios y masajes, que Antón Hofmiller, oficialucho destacado al borde de la zona húngara del imperio, seguro que asiduo a burdeles de gitanas y francachelas aguardentosas con sus amigos de uniforme, va a picarle la curiosidad una tal Edith, aunque sea la única hija de Lajos von Kekesfalva?

Un engréido, como sus entorchados generales y coroneles cuando cenan aquí y nos aburren con sus hazañas en Serbia, en Turquía, en Bulgaria. No se dan cuenta de que el Ejército solo sirve para huir hacia ninguna parte.

¿Conocerá Antón los poemas de Rilke? ¿Habría leído *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*?² ¡Qué va! No tiene olfato canino. No huele ni el café colombiano que encargamos a nuestro almacenero de Rotterdam.

² En 1914, cuando Edith escribe estas memorias o diario sin datas, hacía cuatro años que Rilke había escrito *Los cuadernos...*, cuyos primeros bocetos datan de 1904, en Roma. Por lo que, en efecto, Edith pudo tener acceso al texto. A Rilke se debe, además, la divulgación de la obra de Hölderlin, el poeta preferido de la protagonista.

¿Por qué me interesa? Por lo que me describió Ilona cuando lo vio en la confitería jugando ajedrez con el farmacéutico, por aburrimiento, porque mira bonito. Porque necesito fuerzas para que estas piernas caminen y aquí solo tengo la terraza de la torre, la angustia de lanzarme y cerrar este cuaderno de tapas rojas.

Ni siquiera sé si tiene novia en Linz, Graz, Salzburgo. ¿Estará enamorado de una corista de las que vienen de München a la temporada de operetas en la Volksoper? Este Antón debe ser de la estirpe de los que liban en cualquier rosa, que estrujan el clavel que se les ofrezca en el mercado. Hasta en el modo en que entró al comedor se notaba su insolencia.

Ilona con su cuento logró la expectativa. Que si era el más agraciado y risueño entre la oficialidad, como le había comentado la señora Grossmayer; que si hasta la florista, hace tres semanas, le había comentado que el teniente Hofmiller tenía enloquecidas a las bataclanas del varieté y a las criadas que siempre lo miraban por las vidrieras del casino.

No tenía por qué saber de mi enfermedad, por eso atravesó el salón para invitarme a bailar. Deferencia con la anfitriona que se convirtió en tragicomedia. ¿Qué se desovillará ahora? Sueño subir al tren de las cinco de la tarde a Viena para regresar cansada y feliz, comentando lo bien que la pasamos; o en el de las dos y media de la madrugada; caminar de nuevo por la Ringstrasse, tal vez con Antón Hofmiller, tal vez más pronto de lo que imagino.

Por la Ringstrasse... Ilona de chaperona, mientras algunos jóvenes discretamente nos miran contra el porte inmutable pero celoso de Antón. ¿A qué sonarán

mis tacones cuando de nuevo pueda transitar despreocupadamente por cualquier calle del mundo? Ahora es el toc toc toc de las muletas contra las losetas de arabescos azules; ahora la letanía de un velorio anticipado, donde el ataúd guarda estas dos piernas que comenzarán a enflaquecer, a fruncirse a pesar de los masajes indicados por el doctor Cóndor, de las cremas apestosas frotadas hasta casi arrancarme el pellejo.

Antón bailó con Ilona. Aunque ella diga que ni la miró para no restregarme sus ojos color venado y el exotismo de la trigüeña entre blancuzcos, su pecho ancho y firme, alzado por las sugerencias del escote de media luna, la soltura de sus movimientos melódicos en “Rosas del sur” de Johann Strauss.

Por ella aceptó la invitación al *abendessen*, por la sobrina de Kekesfalva y no por la hija tullida, aunque heredera de bonos y cuentas bancarias en Zürich, de la refinería de azúcar, el aserradero, las fértiles tierras propias y arrendadas, el palacete neoclásico de la calle Jacquín en Viena, las seis o siete casas en Budapest; esta hacienda enorme de piedra amarillenta y torre de amplia terraza en lo alto, parque de abedules y cabaillerizas suficientes para dos compañías de ulanos.

Vino a la cena por aburrimiento y porque somos la familia más rica de la comarca, la única capaz de contratar dos violines, un violoncelo y un piano para amenizar las veladas. Traer un cuarteto vienés para que el Tokay y el champaña se dispersaran por el *staccato* que el pianista teceleaba con fuerza.

A la mesa solo tuvo atenciones con Ilona, claro que me di cuenta. Ella disimula, pero las evidencias son tan horrosas como la derrota austriaca en Austerlitz, según leí en *Guerra y paz*. Ahora debería de

olvidarme de Antón, de la cena y de la invitación a bailar. Ponerme a leer *Ana Karénina*, donde la dejé, cuando Tolstoi hace que Ana bese a Vronski...

El beso de un enamorado debe saber a zumo de limón con sal. Oler a nieve recién caída, con la frescura congelada que se amontona mientras los copos caen blandos, rompen la respiración, las palabras que no hacen falta.

Mi primer beso será con los ojos bien abiertos. Quiero que me zumben los oídos y se me tupa la nariz. Y de día con sol. Quiero recordarlo cuando los inviernos y las guerras que parecen acercarse sean más atroces, cuando la tristeza empañe los cristales y apenas se distingan siluetas, bultos que se mueven torpes entre los árboles ajados.

No soporto el disimulo, la hipocresía de Ilona cuando me aseguró que Antón, entre bocado y bocado, varias veces había acariciado mi cara con sus miradas azules, cuando yo perfectamente me daba cuenta de que era con ella, con su piel bronceada y lustrosa, buscando chocar con sus ojos de venado.

Claro que sin indiscreciones, con la misma elegancia que demostró al venir el domingo por la mañana a presentarse, tras recibir la invitación para anoche, y encontrarse con que estábamos en la iglesia. Y entonces dejar su tarjeta con José, cumplir así con el deber que el protocolo aconseja. Buenos modales, pero se inclinaba ante Ilona mientras cenamos.

Recuerdo cuando se corrió la puerta que da al salón tapizado con seda roja y apareció Antón en el comedor. Ya habían servido la sopa de legumbres y algunos comensales parloteaban animadamente de los chismes palaciegos y la situación en Sarajevo. Media

hora antes habíamos recibido una nota de que llegaría tarde por un imprevisto en el regimiento. Mi padre se quitó la servilleta del cuello y fue a su encuentro. Intercambiaron algunas palabras y lo presentó con una sonrisa: “Teniente Antón Hofmiller, el oficial que invité por recomendación del señor Grossmayer”.

La silla vacía estaba casi enfrente de la mía, pero al lado de Ilona. Antón era el único oficial invitado. Debió causarle cierta torpeza, que pronto disipó con mi primita. Ella enseguida le regaló una sonrisa de bienvenida para calmar su embarazo. Y lo consiguió de inmediato. Él pronto entabló conversación y se le veía fascinado por el acento húngaro, con el alargamiento de las vocales, mientras apenas intercambiaba conmigo una mirada dulzona, diplomática.

Ellos dos gozando las generosidades de la casa y yo esperando que se dignara hablarme. Antón admirando la piel de durazno de Ilona, el pelo negro, los ojos de granos de café, entre manjares y copas de tinto, y yo previendo en que cuando concluyeran los postres y pasáramos al salón, él observaría apenado la desgracia de mi enfermedad.

La casa Kekesfalva, la familia más elegante del pueblo, enredada en la apariencia de normalidad, en el dispendio de una alegría escanciada al menor gesto de vacío, rota por el toc toc toc de un par de muletas de caoba.

A retazos oí lo que habló con Ilona a la mesa. Muchas veces la gorda medio polaca que estaba a su derecha, casi gritando o riéndose a carcajadas de circo, no me dejaba oír, pero reconstruía los pedazos que no llegaban y hasta placer me producía el jueguito de llenar los huecos.

Antón conversaba sobre las crepas que ardían en la llama azulada del ron Bacardí añejo, directamente encargado a Santiago de Cuba, pero sin comentar lo admirado que estaba ante el derroche, que contrastaba con su comedor militar de papas hervidas con pimienta y trozos de carne grasienta, col rusa y pan negro. El arco iris de licores frente a su asombro y cortedad. El café y los puros Partagás frente a mi malicia, que él no reconocía con una frase cordial, de gratitud a los anfitriones.

Cuando salieron hacia el salón no se dio cuenta de que yo permanecía sentada, a la espera de que José me ayudara al traslado para el salón contiguo. Casi corrió junto a las parejas a romper los acordes de la primera pieza, a extasiarse mientras pasaba de una mujer a otra, giraba sonriente sin reparar que la señorita Kekesfalva no hacía el papel correspondiente de dueña de casa, que por alguna causa no bailaba junto a las otras invitadas.

Hasta que algo le inquietó y se acercó tras bordear la leve tarima donde el cuarteto nos alegraba la noche. Allí yo con mi vestido azul nevado fingía interés en lo que dos señoras hablaban, mientras tamborileaba mi tortura sobre la mesa verde malaquita.

Desde que nos miramos, en un instante que supe premonitorio, me di cuenta de que por simple protocolo me invitaría a bailar, que vendría una escena donde su ignorancia y mi rabia danzarían en un cementerio, bajo las ventiscas que bajan de los Cárpatos.

No pude dominar un grito, mientras trataba de pararme y aceptar su invitación. Su mirada de horror azul y la mía de crispación gris. Apreté los labios y el borde de la pequeña mesa, esquivé la jardinera que

por apoyarme ya rodaba al piso. Hasta que caí de nuevo en el sillón, con la cabeza sobre la mesa, llorando mientras las señoras me socorrían y el cuarteto interrumpía la música.

Supongo que huyó del salón, del vértigo. Ilona después me dijo que hablaron un momento, que Antón le pidió excusas después de contarle lo sucedido. Según ella daba lástima ver la cara de espanto, la reacción cuando le reprochó su ignorancia.

Ilona enseguida corrió a verme, pero no a contarme. Eso fue después, en mi habitación, donde pedí que me trajeran de inmediato. Aquí se sentó en esta cama y dijo: “Lo insulté, casi le grité que era un cretino, un penco, un patán”. Y después lo dejó con la palabra en la boca, media vuelta para que se bailara o se bebiera su propia nulidad.

Parece —según averiguamos con José— que le dio tanta vergüenza que partió sin despedirse. ¡Cobarde! Yo por lo menos traté de incorporarme con todas mis fuerzas, desbaratar la enfermedad como si fuera un maleficio gitano. Antón me dio un latigazo y lo único que hizo fue huir... ¡Buen tenientico de desfile, de parada frente al Emperador!

Debe estar muriéndose de miedo ante la posibilidad del chisme, de que pronto se divulgue su torpeza y se convierta en el tema de burla del pueblo, de los oficiales del regimiento. Si vale algo, a esta hora debe estar despierto, como yo. ¿Se puede dormir cuando se ha cometido un disparate tan brutal? ¡No! ¿O sí? Tranquilamente... Ojalá tenga la pesadilla de despertarse y estar tullido, como me pasó tras las fiebres. Que esté corriendo y de pronto sienta que las piernas son de plomo y caiga al fango y no pueda pararse, por

mucho que sus brazos y manos traten desesperadamente de alzarlo. Le deseo el tratamiento con agujas que me hicieron en la clínica de Charlottenburg, bajo la mirada prusiana de aquel matarife.

Los primeros apuntes de Federico Lafargue corresponden a su furtiva salida por la bahía de Santiago de Cuba y la travesía hasta Hamburgo, donde atraca el carguero Manzanillo, de bandera cubana, el 27 de octubre de 1912. Las páginas iniciales de la primera libreta (de tapas negras, las dos restantes son de tapas azul cobalto) parecen haber sufrido los embates del agua. Narran el alejamiento de la costa y el sueño europeo del que ha decidido no tener patria para tenerlas todas, colgadas de una nube.

La tinta negra se ha corrido en algunas palabras de los bordes, en los renglones superiores. Sin embargo, tales manchas, semejantes a las de acuarelas, en ningún caso impidieron identificar los significados. Un perito contratado a tal efecto se encargó de esclarecer los signos que resultaban crípticos, con cierto polvillo salitroso, en páginas escritas en los lentos días del Atlántico. Lo que se corresponde con la narración posterior del casi naufragio sufrido a pocos kilómetros de la costa norte de la isla de Santo Domingo, tras salir la nave del Paso de los Vientos, quizás a la altura de Cabo Haitiano, porque Federico refiere que se avistaban unas luces parpadeantes.

Un cargamento de azúcar turbinada o morena —también se le llama “prieta”— llevaba el Manzanillo en sus bodegas cuando las furias del huracán se

ensañan contra la proa, desarbolan la cubierta, barren los pasillos y camarotes inferiores, exigen toda la pericia de su capitán y tripulación, arrinconan a los cuatro pasajeros: Federico Lafargue, Emilio Moreau, Alejo Valmont y el temerario Regino Bello, que desaparece cuando al intentar cerrar la puerta comete el error de salir al pasillo para destrabarla y es arrastrado por una ola que arrolla la banda de babor, zafa la endeble baranda de tubos mohosos y cae espumosa hacia el mar encrespado, convertida en una espiral que chupa al tripulante con el ímpetu que tanto tenían las alargadas canoas de los indios Caribe, las carabelas de Palos de la Frontera y los galeones de conquistadores, piratas, colonizadores, bucaneros...

Los apuntes narran la despedida hasta que la ciudad se pierde y solo quedan las montañas de la Sierra Maestra, después aparecen los que describen la tormenta, para terminar con uno autobiográfico, al parecer escrito la noche en que el Manzanillo entra al estuario del Elba, avanza hasta atracar horas más tarde en Hamburgo. Termino esta primera libreta justo antes de la mañana en que Federico Lafargue baja por la frágil escalerilla, cruza el puesto aduanal con sus papeles en regla y se dirige al barrio de St. Pauli. A buscar la dirección que le anotó en el sobre de la carta su profesor de alemán en Santiago de Cuba, Friedrich Michaelsen, primo del conocido melómano, profesor de piano y él mismo pianista acompañante Hermann F. W. Michaelsen, que funda en 1899, en la calurosa ciudad oriental de la isla, la Sala Haydn, en honor al gran músico vienés considerado padre de la sinfonía.

Omito colocar comillas. Con mayúsculas apresuradas y sin comas, mano suelta de quien recibió clases de buena ortografía y estilo de corresponsal de guerra o diario de campaña, Federico Lafargue escribe:

ÍNDICE

¿Cómo apareció el *Diario* de Edith? / 11

DIARIO DE EDITH VON KEKESFALVA

1 / 23

Santiago de Cuba / 36

2 / 41

El Atlántico / 46

3 / 50

Salitre y oleaje / 58

4 / 63

Remontar el Elba / 69

5 / 73

Amanecer en Hamburgo / 79

6 / 84

Fraülein Doménica / 92

7 / 95

Doménica llora / 136

8 / 138

Tren a Berlín / 145

9 / 149

Un rumbero en el Cabaret Überbrettl / 160

10 / 164

Les Droits de L'homme / 171

11 / 176

El encargo secreto / 193

12 / 196

Montaigne /	206
13 /	210
Essais /	219
14 /	223
Dios, Paul y yo /	245
15 /	249
El Péndulo Eterno /	267
16 /	271
La Gran Guerra /	282
17 /	286
¿Por qué yo? /	296
18 /	300
El extranjero /	312
19 /	315
La ilusión turbadora /	329
20 /	332
Adivinanzas /	344
21 /	348

EPÍLOGO

Edith y Federico /	365
--------------------	-----

Agradecimientos /	383
-------------------	-----

